



La corrupción de lo perfecto

Un ensayo sobre la anatomía de la traición

The corruption of the perfect

Dr. Cristián David Expósito

cristianexpósito@uca.edu.ar

Pontificia Universidad Católica – Mendoza – Argentina

Resumen

En este ensayo, el lector encontrará un breve repaso sobre cómo la traición es un elemento transversal en la historia de la humanidad, en su psicología, filosofía, artes y la propia vida social. El documento explora la profundidad de la trasgresión moral que implica esta desafortunada conducta humana y su impacto en el alma de la víctima y en la del felón. Analiza la ruptura que produce en la cohesión social y las consecuencias nefastas que deja en la confianza. El análisis se enriquece con anécdotas históricas de famosas traiciones y se complementa con las reflexiones filosóficas antagónicas de Kant y Nietzsche, junto a la visión pragmática de Maquiavelo en el uso de la traición al servicio del poder. Desde la mirada psicológica, se recurre a la perspicacia intelectual de Sigmund Freud en su análisis del inconsciente y la proyección de las sombras en la teoría de Carl Jung; finalizando con un paso obligado por la literatura punzante y profunda de Shakespeare y Dostoyevski, y las obras que encarnan tragedias y dramatizaciones desgarradoras. El ensayo concluye con la invitación a una reflexión profunda que permita transformar la carga destructiva de la traición en una posibilidad de maduración espiritual, aprendizaje moral, recodificación axiológica y reparación emocional. He aquí la paradoja que se pretende vislumbrar: la puñalada que desgarrar el alma es la misma que despierta la fortaleza dormida en lo más profundo de nuestro ser.

Palabras Clave: traición, axiología, moral, emoción, resiliencia.





Abstract

In this essay, the reader will find a brief overview of how betrayal is a transversal element in the history of humanity, in its psychology, philosophy, arts, and social life itself. The document explores the depth of the moral transgression that this unfortunate human behavior implies and its impact on the soul of the victim and that of the felon. It analyzes the rupture it produces in social cohesion and the dire consequences it leaves on trust. The analysis is enriched with historical anecdotes of famous betrayals and is complemented by the antagonistic philosophical reflections of Kant and Nietzsche, along with Machiavelli's pragmatic vision in the use of betrayal in the service of power. From a psychological perspective, it draws on the intellectual perspicacity of Sigmund Freud in his analysis of the unconscious and the projection of shadows in Carl Jung's theory; concluding with an obligatory passage through the poignant and profound literature of Shakespeare and Dostoevsky, and the works that embody tragedies and harrowing dramatizations. The essay concludes with an invitation to a deep reflection that allows transforming the destructive burden of betrayal into a possibility of spiritual maturation, moral learning, axiological recording, and emotional repair. Herein lies the paradox that one seeks to glimpse: the stab that tears the soul is the same one that awakens the dormant strength in the depths of our being.

Keywords: betrayal, axiology, morality, emotion, resilience.



Introducción

En la gran escena de la vida del hombre, pocos momentos son tan brutales e intensos como cuando se experimenta una traición. Esta conducta, tan arcaica como la propia humanidad, despunta no solo como una muestra de bajeza y desaciertos, sino también como el reflejo turbio de las complejidades de la naturaleza del hombre. La traición, con su peso implacable, se enfrenta a la fragilidad de nuestra confianza, ese delicado enlace de cristal que une a las almas de las personas y que, si se rompe, nos catapulta a la infinita desolación y a la más penetrante de las angustias.

Ahora bien, existe una real paradoja en sus consecuencias agónicas, la traición transforma a la persona y le da la oportunidad de aprender. La vivencia de la angustia permite al hombre tener la oportunidad de volver sobre sí mismo, de reflexionar para renacer como el fénix. De su pútrida infección surge la posibilidad de elaborar una introspección mucho más sutil y exquisita de quienes somos y de quienes nos rodean.

Una frase sumamente profunda que nos trae Graciela Cros (2004) dice: “La gente herida es peligrosa porque sabe que puede sobrevivir” (p. 107). Creo que es porque uno aprende de cada traición recibida y tiene la posibilidad espiritual de incrementar su capacidad de traición o de perdón y, a la vez, de comprender la riqueza que hay en la virtud de la lealtad.

Desarrollo

La omnipresencia de la traición

La omnipresencia de la traición ha recorrido toda la historia del hombre y se nos presenta como una constante que atraviesa a reinos, culturas, épocas y regiones. No existe una comunidad, por más alejada o primitiva que esta sea, que no haya sido marco referente de alguna traición. Tampoco existe una obra de arte o literaria que no la haya retratado como el elemento cruel y antagónico que aniquila a la confianza. Esta conducta desleal, el acto de bajeza moral más atroz que una persona puede cometer, ha sido y seguirá siendo odiado e intensamente estudiado a lo largo de todos los tiempos.

Sin lugar a dudas, la encarnación de la traición en la comunidad cristiana es, nada más y nada menos, que Judas Iscariote. Este discípulo de Cristo fue capaz de traicionar su confianza por 30 míseras monedas de plata (cf. Straubinger, 1991, Mateo 26:14-16 y 27:3-10). En este caso, el recorrido de la traición embebida en tragedia y abatimiento, pone al descubierto la debilidad de la naturaleza del hombre frente al conjunto de vicios, miedos, ignorancia y confusión que fueron los responsables de cambiar el destino de la humanidad.

Otro caso emblemático de traición en la historia occidental es la vida de Efiltes y su participación en la batalla de las Termópilas. Esparta, una de las principales ciudades estados de Grecia, se enfrenta contra los persas durante las Guerras Médicas. El paso de las Termópilas era un lugar estratégico para enfrentar a las hordas enemigas en cantidades muy



reducidas. Esta monumental y exitosa estrategia de guerra pone al ejército de Jerjes I en una situación de desventaja durante tres días. Sin embargo, esta terrible anécdota nos pone en evidencia como un único acto de felonía puede cambiar el curso de la historia y generar repercusiones que atraviesan los milenios. La perfidia de Efiltes al guiar a los persas por un paso oculto en las montañas, no solo puso en jaque la suerte que acompañaba a los valientes 300 espartanos y sus aliados, sino que también inmortalizó su nombre en la historia como sinónimo de traición (cf. Jara, 2021). Vuelvo nuevamente a esta idea de la paradoja y es que, gracias a las truculentas y perversas acciones de Efiltes, hoy podemos hablar de la gallardía de los 300. La maldad de sus actos puso en evidencia la fragilidad de la confianza humana y cómo la avaricia puede acabar con el bien mayor. De hecho, a lo largo de los siglos, parecería que la confianza tiene un precio.

La traición y la vida en sociedad

La relación que existe entre la traición y la vida en sociedad es muy compleja. Si hay algo necesario para la vitalidad de las relaciones humanas, de seguro no implica a la traición. La traición es una especie de daga afilada para la construcción y sostenibilidad duradera de las relaciones sociales. La sociología plantea que la confianza y la cooperación entre los humanos han permitido que la raza sobreviva como especie y evolucione a través de los siglos (cf. Axelrod, 1984; Nowak & Highfield, 2012; Wilson, 2016). Sin embargo, el daño que genera la traición no solo tiene su impacto en la consciencia del traidor, sino que también repercute en las esferas más altas de la cohesión y permanencia social.

Si ponemos en el escenario a aquellos primitivos humanos de las cavernas, al borde de la vida, rodeados por una realidad muchas veces adversa y despiadada; y en medio de esa incipiente sociedad surgiese un traidor... la humanidad tal como la conocemos tal vez no existiría (cf. de Waal, 2022; Wilson, 2016). Es por esta razón que el acto traicionero sea una de las conductas más aberrantes que conocemos y que nos genere tal repulsión y sensación de desgracia en el alma. Sea cual fuere el tipo de sociedad donde la traición aflore (un país, una ciudad, una aldea o una familia), ella destruirá, con la violencia de una maza sobre el cristal, esa delicada fuerza denominada confianza que une a los seres humanos... y no solamente la destruirá, también corroerá los corazones de aquellos aturridos por el impacto. Forjar la confianza, como todo acto de belleza, demanda un tiempo considerable; sin embargo, se puede esfumar en un instante.

Ahora bien, volviendo a las paradojas, ¿no es curioso? Así como la confianza es la piedra fundamental para poder construir una relación con otra persona, pareja, amigos, colegas, etc. y desde siempre ha sido el engranaje mediante el cual la sociedad funciona... ¿No es curioso que la traición tenga tanto poder a la hora de establecer relaciones?



La traición y la Psicología

Un interesante aporte al tema nos lo presenta el notable psicólogo Sigmund Freud. Entre sus estudios sobre deseos y represiones, nos presenta esta intrincada dimensión de la traición. La teoría freudiana plantea que “lo que uno aprieta desde un lado, sí o sí sale por el otro”, es decir, los deseos reprimidos no desaparecen, sino que se nos cuelan disfrazados en los actos y conductas poco claras de nuestra vida cotidiana (cf. Freud, 2015; Freud, 2023). En el marco de la traición, lo que se oculta no es solo la perfidia, sino el crudo reflejo de aquellos deseos e impulsos reprimidos que se insinúan de manera torcida. Es como una necesidad insatisfecha que se sirve del otro para poder existir. Es, al fin y al cabo, una manifestación de lo no dicho, de lo no consentido, que busca satisfacer sus sombras a costa de la confianza ajena.

El traidor traiciona como el mentiroso miente. Tal vez exista el genoma de la traición incrustado en el alma de aquellos que, sin que haya una causa aparente, clavan la daga tramera por puro placer no más. En este sentido, y sin querer parecerme en su doctrina a Zaffaroni (1989), la traición vendría a ser una manifestación de luchas internas no resueltas, donde el traidor, probablemente sin saberlo, busca descomprimir las tensiones provocadas por esos deseos que no se condicen con los constructos normativos sociales o personales. Permítasenos un momento de reflexión poética mediante una “rima” que intente develar el tormento que a menudo reside en el corazón de quien traiciona:

Mejor lo digo con la rima del payador

Muchas veces el traidor
lleva en su pecho el pecado,
sin razón ni excusa al cabo,
sin motivo claro, marcado.
La traición es un grito mudo,
de un alma que sufre en guerra,
que quiere zafarse del ñudo
y romper las cadenas de tierra.

Pero en su mente se mezclan deseos,
que no pueden salir a la luz,
por eso, sin querer, entre enredos
les deja a los otros su cruz.

Así, el traidor entre sombras y acentos,
busca escapar de sus propios tormentos (Autor, inédito).



Otro psicólogo que aborda en el tema es Carl Jung con su escuela denominada “Psicología de los complejos” y su profunda amistad con Freud. Jung propone la idea de la “sombra” como esa parte oscura que todos llevamos dentro, ese espacio oculto donde va a parar todo lo que negamos y todo aquello que no queremos reconocer de nosotros mismos. Esa “sombra” es proyectada a los demás en forma de traición. Lo que no aceptamos en nosotros, lo volcamos en el otro manifestándose en actos hirientes y despiadados (cf. Jung, 1989; Jung, 2011).

La traición no solo destruye a quien la sufre, sino que también destroza al traidor en su interior, quien, al enfrentarse con la contradicción de su acción y su conciencia, termina sintiendo que su alma ha quedado vacía, igual que la víctima, que ve arrasada su estima.

Secuelas en el alma

Sin lugar a duda, el colapso emocional que genera la traición en el alma de la víctima sea tal vez uno de los más duros y profundos. Tal es así, que es probable que no exista otro acto aversivo en nuestra contra que pueda generar tanto dolor, ira y confusión, simultáneamente a la sensación de pérdida. Inmerso en este colapso emocional, el intelecto humano se ve forzado a reconfigurar su manera de percibir la realidad y a quienes le rodean... todo porque la confianza ha sido profanada.

Tal es así, que la traición logra sacudir los cimientos de las certezas. La ruptura de lo que creíamos inmutable, hace que reevaluemos nuestra capacidad de juzgar a los demás e interpela la autenticidad de los vínculos que creíamos sólidos y seguros ¿Elegimos mal en quién confiar, o es que la verdad de los otros nunca fue lo que nosotros creíamos?

Para nuestra generación, que ya peina canas, si alguna vez nos hubieran dicho la palabra *bullying*, habríamos pensado que se trataba de alguna raza de perros exóticos. Crecimos entre traiciones cotidianas en los patios de la escuela, sin etiquetas ni diagnósticos, solo con la voz de nuestros padres recordándonos: “Hacete hombre” y “Lo que no te mata, te fortalece”. En fin. Esas experiencias, marcadas por la desconfianza, moldearon a los hombres y mujeres que hoy somos. Dotados con una matriz axiológica propia y exclusiva, desde la cual aprendimos a evaluar, casi instintivamente, la posibilidad de una traición encubierta en nuestras propias relaciones.

Este es el legado, la lección imborrable que deja la traición en su víctima: la capacidad de reajustar su propia autopercepción y la percepción sobre los demás de una determinada manera y; para bien o para mal, esta facultad se arraiga en nosotros y nos acompaña a lo largo de toda la vida. Juzgamos el mundo que nos rodea con esta matriz de remiendos emocionales. Una mala experiencia en la precoz infancia allí, en ese momento de la vida en que se modelan las primeras relaciones sentimentales, puede condicionar las relaciones futuras, abriendo la puerta a los celos y la posesión como sombras persistentes en nuestra vida. Tal es así, que este fenómeno se ha estudiado seriamente y existe evidencia de que los traicionados aprenden



a traicionar (cf. Rokach & Chan, 2023; Romero Palencia et al., 2007; Spanier & Margolis, 1983).

Desde los albores de la psicología, las secuelas que la traición deja en el alma despertaron una inquietud que trascendió los orígenes mismos de la ciencia. Freud y Jung, entre los primeros faros del inconsciente, nos enseñaron a vislumbrar cómo la traición se gesta en el entramado social, surgiendo en el espacio íntimo y reservado de cada relación que forjamos con el otro. Con ello, expusieron la complejidad de un fenómeno que se enraíza en lo más profundo de nuestra psique, evidenciando la diversidad de matices de nuestros deseos y temores, y la constante pugna por mantener la integridad en el tejido de nuestras relaciones humanas.

Traicionar es parte del legado de la humanidad

Así como la furia del terremoto en la fatídica noche mendocina del 24 de marzo de 1861, o la erupción del Vesubio que, con su furia, arrasa y sepulta civilizaciones como la hermosa Pompeya. De la misma manera, la traición es una catástrofe moral que desgarrar el alma de los pueblos. No es solo una vileza individual, sino que es una explosión que puede torcer los destinos de naciones enteras, trastocar el orden natural de las cosas y pervertir los designios de la historia.

Uno de los relatos más antiguos de la fe judeocristiana, y el primer gran quiebre moral de la humanidad caída tal como la conocemos, es la traición de Caín a su hermano Abel (cf. Straubinger, 1991, Génesis 4:8). Esa sombra de la que habla Jung se manifiesta en la premeditación del asesino, que engaña a su hermano valiéndose de la confianza fraterna. Las consecuencias de tal vileza provocaron una ruptura en el incipiente camino de la civilización. Caín, alejado de Dios, funda la ciudad de Enoc, cuna de un linaje corrupto que culmina en el diluvio universal (cf. Génesis 4, 17 y 6-9).

La historia de la humanidad, surcada por un sinfín de traiciones, es testigo de los ecos lejanos de gritos desgarrados que, al atravesar el alma, desvelan la intrincada danza del poder, la ambición y la fragilidad de la confianza, las cuales han llegado a cambiar el destino de las naciones.

De igual manera que un Judas traicionó a Cristo o un Efialtes a un Leónidas, “¿tú también, Bruto?” le reprocha Julio César a Marco Julio Bruto al recibir el puñal por la espalda de su amigo y protegido en los Idus de Marzo. ¡Qué tan bruto pudo ser Bruto, que su traición acabó con la República de Roma dando paso al Imperio Romano! Una de las traiciones más personales y políticamente significativas de la antigüedad (Holland, 2005; Ranz Romanillos, 1847).



Y si hablamos de traiciones políticas que cambian los destinos de un país, en Argentina también tenemos nuestros logros. Me imagino, reunidos alrededor de una mesa a Domingo Faustino Sarmiento, Bartolomé Mitre, Esteban Echeverría, Juan Bautista Alberdi y por qué no, ya que esto es ficción, a Justo José de Urquiza, comentando por lo bajo: “*¿Qué será de nosotros, señores, cuando las generaciones venideras se den cuenta de que el hombre al que hemos derrocado y desterrado de este país [en referencia a Don Juan Manuel de Rosas] es el heredero del Sable del General San Martín?*”. Y se escuchó una voz al fondo que decía: “*¿Habrá que reescribir la historia?*” (cf. Halperín Donghi, 2005; Quattrocchi-Woisson, 1995; Soler, 1983).

La filosofía y la traición

En el campo de la filosofía, uno de los próceres modernos de la moral es, sin lugar a duda, el filósofo prusiano Immanuel Kant. Hijo de padres protestantes trabajó arduamente en el análisis de los límites de la razón respecto del conocimiento metafísico. Desde una postura denominada idealismo trascendental, concluyó que la mente humana no puede conocer la esencia de la realidad, es decir, la metafísica aristotélica tomista es, en gran medida, inviable. En consecuencia, Dios, el alma y el libre albedrío del hombre son imposibles de conocer por la propia razón pura; de ahí el nombre de su obra magna *Crítica a la razón pura* (cf. Kant, 1883).

Esta afirmación tan categórica, puso en jaque los principios morales cristianos. Toda la estructura axiológica de occidente está fundada en un mandato divino (el decálogo de Moisés). Para contrarrestar este problema, formula una nueva herramienta, fundada en la capacidad de la razón, para poder evaluar la moralidad de nuestras acciones denominada el “imperativo categórico”. Este imperativo es un principio formal que guía las conductas para que se adecuen a máximas universales, incuestionables y sin contradicciones (cf. Kant, 1946).

¿Qué tiene que ver todo esto con la traición? Muy simple, la traición es un prolegómeno ético de proporciones titánicas. Si esta conducta se universaliza y se convierte en ley, la humanidad y la civilización, tal como la conocemos, colapsaría. Entonces y en el marco del imperativo kantiano ¿puede ser justificado moralmente un acto de traición en una circunstancia muy, pero muy específica? La rigidez y la pureza de la lógica racional del modelo lo impedirá contundentemente; lo universal no tolera resquicios. Kant nos interpelaría, mirándonos con sus grandes ojos: ¿cómo se podría justificar un acto que atenta contra la confianza, contra el sentido “práctico de la razón”? Sería como admitir una falla en la *matrix*.

Por otro lado, Friedrich Nietzsche tenía una perspectiva muy diferente a la de su predecesor Immanuel Kant. A tal punto que realizó una crítica acérrima contra el Imperativo categórico y llegó a decir que la moral kantiana era una especie de nihilismo que negaba los



instintos vitales del hombre y esclavizaba a los débiles (cf. Nietzsche, 2015). En fin... para Nietzsche el foco no está en la razón, sino que está en la voluntad. Es la voluntad la que tiene el poder de la vitalidad, de superación y expansión. Este giro de lo racional a lo volitivo no es simplemente un cambio de perspectiva, este giro esconde algo mucho más complejo. La esencia de la razón, con Kant, estaba su capacidad intelectual de generar conceptos universales; sin embargo, ahora con Nietzsche la esencia de la voluntad está en el “poder”.

Ahora bien, es necesario comprender que la idea de “poder” en Nietzsche no es simplemente necesidad de dominación... eso se lo dejamos a los dictadores. Para Nietzsche el poder de la voluntad es una fuerza creativa que impulsa la propia vida del hombre y le permite nuevas formas de vivirla, a tal punto que podría crear nuevos valores totalmente diferentes a los cristianos. Esta moralina barata creada por la iglesia ha dominado occidente durante siglos y ha esclavizado a los hombres durante generaciones. Es hora de romper las cadenas de esclavos y convertirnos, por el solo poder de nuestra voluntad, en superhombres (cf. Nietzsche, 1994).

En este simpático marco, la traición podría interpretarse fácilmente como una manifestación de la voluntad de poder y no como insulto del orden moral. Allí, donde la conciencia debe inclinarse ante el bien objetivo, Nietzsche exalta la afirmación del yo, cual adolescente rebelde que rompe ataduras y desafía límites impuestos. Desde esta perspectiva, no existe la condena a la traición, sino que se la felicita por subvertir los valores tradicionales. Ahora, al mejor estilo de Zaffaroni (1989), el traidor deja de ser la encarnación de la maldad para tornarse, según este prisma retorcido, en el artífice de su propio destino. Alzando su propia bandera, con la imagen de su ego estampada en ella, rechaza el modelo axiológico de sus padres embriagado por la soberbia de su autoproclamada libertad.

Hoy en día, la sociedad no se espanta frente a este tipo de hechos de degradación moral. Los actos de traición están a la orden del día en las propias leyes que sanciona, como la ley de “divorcio”, donde se acepta la violación de acuerdos entre partes previamente establecidos¹. La sociedad asume que las estructuras de poder y las relaciones interpersonales están sujetas a una constante tensión y redefinición, basadas en perspectivas subjetivas y relativas.

La traición en la literatura

Si los psicólogos, con su manía de diseccionar el alma humana, han escrito ríos de tinta sobre la traición, imagínese el océano de palabras que han desparramado los literatos. Ahí sí que la traición se vuelve carne y hueso, pasión desatada, drama de alcurnia. ¿Cuántas plumas se han mojado en la hiel de la deslealtad? ¿Cuántos personajes han sido arrastrados

¹ Código Civil y Comercial de la Nación [CCCN]. Ley 26994 de 2014. 7 de octubre de 2014 (Argentina). <http://servicios.infoleg.gob.ar/infolegInternet/anexos/235000-239999/235975/texact.htm>



por el torbellino de la traición? La literatura, ese espejo donde se refleja la miseria y la grandeza del hombre, ha encontrado en la traición una veta inagotable de historias.

Sin lugar a duda, uno de los más grandes dramaturgos de la historia es Williams Shakespeare. La magnífica obra denominada *Julio César*, donde nos narra la traición de la que hablamos anteriormente, es un ejemplo de cómo la literatura puede develarnos los recónditos confines de la traición. En esta obra, el autor no solo retrata el acto infame, sino que nos mete de cabeza en el torbellino de emociones y dilemas morales que preceden y suceden al hecho. Ambición, lealtad, honor, culpa; temas complejos que nos hacen meditar sobre la propia condición humana (cf. Shakespeare, 2014b).

La traición es moneda corriente para cualquier dramaturgo, sin embargo, Shakespeare tenía el don de escrutar los repliegues más oscuros del alma humana como ningún otro y lo utilizó para componer sus magníficas tragedias. En *Hamlet*, por ejemplo, nos sitúa frente a la ignominia consumada por Claudio, cuyo fratricidio, perpetrado con la perfidia de un Caín moderno, desata un torbellino de desolación, locura y muerte. El veneno no sólo corre por las copas, sino por las venas morales de la corte putrefacta de Dinamarca (cf. Shakespeare, 2014a). No menos ominosa es la intriga de *Otelo*, donde la insidiosa ponzoña de Yago — prototipo del traidor de alma retorcida— contamina la confianza, desata la ira y convierte el amor en celosa devastación (cf. Shakespeare, 2014c). En ambos dramas, la traición no es un simple giro argumental: es la manifestación descarnada de la corrupción humana cuando el bien es pisoteado y la virtud es relegada a cenizas. Shakespeare no relata, interpela; no describe, hiere. Nos advierte que allí donde se quiebra la lealtad, se abre un abismo que engulle razón, afectos y esperanza.

Otro de esos autores que generan una inmersión profunda con la lectura de sus obras es el ruso Dostoyevski. *Crimen y Castigo* es una experiencia visceral y profundamente inquietante, ya que nos pone frente a una forma de traición que trasciende la vulgar deslealtad hacia el prójimo para hundirse en la más páfida de las claudicaciones: la traición a la propia conciencia. Raskólnikov, convencido de que la sangre ajena podía derramarse en aras de una idea soberbia, muy parecida a las de Nietzsche, se precipita como juez y verdugo, desafiando el orden moral que, pese a sus engaños, lo persigue como sombra ineludible (cf. Dostoyevski, 2007). En esta obra, Dostoyevski no se limita a narrar un crimen; nos sacude, nos arrastra al vértigo de ese combate interior donde el bien y el mal no son meras abstracciones, sino lacerantes presencias que desgarran el alma. ¿Y qué es, acaso, la peor de las traiciones sino el silencio cómplice ante la voz del deber que clama desde lo profundo como un grito sordo que nos aturde?

Mas no sólo en las cumbres rusas se libra esta tragedia del corazón humano. La literatura y el cine contemporáneos, aunque despojados muchas veces de la altura metafísica de antaño, persisten en hurgar las grietas de la fidelidad traicionada. Patricia Highsmith, en *El talento de Mr. Ripley*, nos presenta a un camaleón moral que, en su ansia de pertenencia



y reconocimiento, desliza la daga en la confianza ajena, encubriendo su vileza bajo el manto de una identidad usurpada (cf. Highsmith, 2022). Por su parte, *El Padrino*, esa exquisita obra moderna urdida por Francis Ford Coppola, despliega un escenario donde la traición serpentea entre la sangre y el poder, tensando la balanza entre la lealtad familiar y las despiadadas exigencias del imperio mafioso (cf. Coppola, 1972). Sea en la Rusia zarista o en la *Cosa Nostra*, el rostro de la traición es el mismo: taimado, insidioso, y siempre dispuesto a sacrificar la verdad en el altar de la ambición desmedida.

La traición nos enfrenta, sin piedad, a las sombras que anidan en lo más recóndito de nuestro ser: el miedo que paraliza, la ambición que devora, el deseo que enceguece y esa ominosa facultad para el mal que, por más que la neguemos, nos ronda con pertinaz familiaridad. Sin embargo, sería miserable detenerse únicamente en la vileza del acto; la traición, como toda tragedia humana, despliega también la posibilidad de la redención, del perdón ofrecido, y de esa intrincada madeja que son las relaciones humanas, siempre pendiendo entre la fidelidad y el quiebre.

Las narrativas que la exploran, ya sea desde los viejos relatos bíblicos hasta las ficciones modernas, no se contentan con exhibir la perfidia; nos conminan a escrutar el alma traidora, a desentrañar las causas soterradas que empujan al hombre a traspasar los límites del honor y de la confianza. ¿Es el traidor sólo un malvado o, acaso, un desorientado que sucumbe a la tentación de creerse la excepción a la ley moral? Sea cual fuere la respuesta, las consecuencias de sus actos no se circunscriben solamente a su propia ruina, sino que resquebrajan el tejido moral que sostiene nuestras vidas, dejando tras de sí una estela de desazón y preguntas incómodas que nos interpelan a todos. Porque, al fin y al cabo, ¿quién puede jactarse de no haber traicionado nunca, siquiera en el silencio de sus pensamientos?

Relación entre traición y poder

Es Nicolás Maquiavelo quien se toma el trabajo de analizar el acto de la traición en el marco del realismo político. En su magnífica y, a la vez, perturbadora obra denominada *El Príncipe*, argumenta que la traición es una herramienta muy valiosa para ejercer el poder (cf. Maquiavelo, 2013). Para él, la política es algo muy similar a una partida de ajedrez donde el rey debe mover sus piezas con astucia y, si fuere necesario, puede sacrificar un peón. En este sentido, el acto de perfidia es lícito si con él se puede lograr la estabilidad y el mantenimiento del Estado. En consecuencia, la traición para Maquiavelo es un bisturí que permite extirpar los tumores del gobierno y tomar el control de las dinámicas complejas que demanda el ejercicio del poder. Poder y Control son el fin que justifican este tipo de medidas.

Ahora bien, este hombre no era un loco, él tenía muy en claro que la traición no es buena en sí misma, que, así como puede ayudar en la gestión, también puede carcomer la confianza entre el príncipe, sus súbditos y sus colaboradores. El problema de que esa confianza se pierda es que implica la deslegitimación del gobernante y la pérdida de poder



político. Un gobernante sin confianza es como un león sin dientes, incapaz de defender su territorio. Una vez que se erosiona esta confianza, la legitimidad y la estabilidad del poder están en riesgo.

Conclusión

Retomemos algunos elementos para cerrar el tema. Hemos dicho que la traición no es solo la pérdida de alguien en quien confiábamos; es la pérdida del mundo tal como lo conocíamos. No se trata únicamente de que el otro nos haya fallado, sino de que, en ese fallo, algo dentro de nosotros también se derrumba, una parte de nosotros muere. Esa seguridad que teníamos en nuestras relaciones, la sensación de estar firmemente parados en la realidad, todo eso que parecía sólido, de repente se vuelve incierto, como si hubiéramos estado caminando sobre un suelo que nunca estuvo realmente ahí. La confianza, tan laboriosamente construida con actos pequeños y constantes, se disuelve en un instante, y nos quedamos preguntándonos si alguna vez fue real. Peor aún, nos asalta la duda de si podremos volver a confiar, no solo en los demás, sino en la estructura misma del mundo. La traición, entonces, no es solo el dolor de lo perdido, sino el miedo de que nunca lo tuvimos realmente.

La traición duele tanto porque parece reescribir el pasado con tinta amarga. Lo que antes era amor, lo que antes parecía real, queda envuelto en una sombra de duda. No es solo que la historia se haya roto; es que surge la terrible pregunta de si alguna vez fue verdadera. Un solo acto puede transformar el más puro de los vínculos en una ilusión rota, y el peso de esa revelación es insoportable.

Superar la traición no es simplemente cuestión de tiempo, sino de atravesar un territorio incierto donde cada paso duele. El primer desafío no es olvidar, sino aceptar el golpe sin tratar de negarlo o minimizarlo. Pero lo más cruel de la traición es cómo nos hace dudar de nosotros mismos, como si fuéramos menos dignos de amor porque alguien nos falló. Recuperar la confianza no es solo volver a creer en los demás, es también retomar la fe en nosotros mismos, en nuestro propio juicio, en nuestra capacidad de distinguir lo verdadero de lo falso.

Y, sin embargo, cerrarse completamente sería concederle a la traición una segunda victoria. Volver a confiar no significa negar el dolor, sino permitir que, con el tiempo, los pequeños gestos de bondad y lealtad de los demás vuelvan a demostrar su valor. No se trata de un gran salto de fe, sino de pasos pequeños, uno a uno, en dirección a la posibilidad de confiar otra vez.

La traición, por devastadora que sea, no es solo un quiebre; es también un maestro brutal. Nos arranca las ilusiones con mano cruel, pero, al hacerlo, nos obliga a mirar más de cerca lo que valoramos en nosotros mismos y en los demás. Lo que parecía una pérdida absoluta puede, con el tiempo, convertirse en un terreno donde arraiga algo nuevo, y en esto radica la frase que señalamos al principio: “La gente herida es peligrosa porque sabe que



puede sobrevivir” (Cros, 2004, p. 107). El dolor soportado no solo nos demuestra que seguimos en pie, sino que podemos caminar con mayor firmeza, ya que el proceso de sanar le da al alma la posibilidad de redescubrirse, de ser más fuerte, más inteligente y capaz de amar sabiamente.

Los estoicos hablaban de la adversidad como un cincel que esculpe el alma, y quizás la traición sea precisamente eso: una herramienta áspera y despiadada, pero capaz de dar forma a una fortaleza que desconocíamos. No es solo una caída en el abismo, sino un umbral que cruzamos, y al otro lado descubrimos que el sufrimiento, cuando no lo evitamos, nos enseña. En la más profunda oscuridad es donde la transformación se enciende, y aunque el fuego quema, también purifica (cf. Expósito, 2020). Aprendemos, poco a poco, a amar con más verdad, con más plenitud, con más sabiduría.

Porque la traición no solamente hiere; también graba en nosotros cicatrices que pueden convertirse en huellas, en caminos. Nos deja con el alma abierta, pero esa misma apertura puede volverse tierra fértil. Que el dolor no sea estéril, que el sufrimiento no se pierda en el vacío. Que no seamos solo ruinas, sino arquitectos de algo nuevo: puentes que atraviesen las grietas, tejidos con los hilos más resistentes que el alma conoce –la comprensión, la empatía y un amor que, lejos de quebrarse, ha aprendido a sostenerse sobre verdades más profundas, más firmes, más reales.

Referencias

- Axelrod, R. M. (1984). *La evolución de la cooperación*. Alianza.
- Coppola, F. F. (Director). (1972). *El Padrino* [Película]. Alfran Productions; Paramount Pictures.
- Cros, G. (2004). *Muere más tarde*. Colihue.
- de Waal, F. (2022). *La edad de la empatía*. TusQuets.
- Dostoyevski, F. (2007). *Crimen y Castigo*. Akal.
- Expósito, C. D. (2020). El valor de la vida y de la muerte en J. R. R. Tolkien desde “Hoja de Niggle”. *Dios y El Hombre*, 4(1), e051. <https://doi.org/10.24215/26182858e051>
- Freud, S. (2015). *Psicopatología de la vida cotidiana*. VF.
- Freud, S. (2023). *La interpretacion de los sueños*. Culturea.
- Halperín Donghi, T. (2005). *El revisionismo histórico argentino como visión decadentista de la historia nacional*. Siglo XXI Editores
- Highsmith, P. (2022). *El talento de Mr. Ripley*. Anagrama.
- Holland, T. (2005). *Rubicón: Auge y caída de la República romana*. Planeta.
- Jara, J. (2021). *Las guerras médicas: Grecia frente a la invasión persa*. La Esfera de los Libros.
- Jung, C. G. (1989). *Psicología y alquimia*. Plaza & Janés.
- Jung, C. G. (2011). *Aion: Contribución a los simbolismos del sí-mismo*. Paidós.
- Kant, I. (1883). *Crítica a la razón pura*. Gaspar.
- Kant, I. (1946). *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*. Espasa Calpe.
- Maquiavelo, N. (2013). *El Príncipe*. Planeta.
- Nietzsche, F. (1994). *La genealogía de la moral*.
- Nietzsche, F. (2015). *Más allá del bien y del mal*. LEA.
- Nowak, M. A. y Highfield, R. (2012). *Supercooperadores. Las matemáticas de la evolución, el altruismo y el comportamiento humano*. Ediciones B.
- Plutarco. (1847). *Las vidas paralelas*. (Trad. A. Ranz Romanillos, vol. 1). Librería de A. Mézin.
- Quattrocchi-Woisson, D. (1995). *Los males de la memoria. Historia y Política en Argentina*. Emecé.
- Rokach, A. y Chan, S. H. (2023). Love and Infidelity: Causes and Consequences. *International Journal of Environmental Research and Public Health*, 20(5), 3904. <https://doi.org/10.3390/IJERPH20053904>



- Romero Palencia, A., Rivera Aragón, S. y Díaz Loving, R. (2007). Desarrollo del inventario multidimensional de infidelidad (IMIN). *Revista Iberoamericana de Diagnóstico y Evaluación Psicológica*, 1(23), 121–147.
- Shakespeare, W. (2014a). *Hamlet*. Aguilar Altea Taurus Alfaguara.
- Shakespeare, W. (2014b). *Julio César*. Aguilar Altea Taurus Alfaguara.
- Shakespeare, W. (2014c). *Otelo*. Aguilar Altea Taurus Alfaguara.
- Soler, C. S. (1983). *San Martín en su conflicto con los liberales*. Huemul.
- Spanier, G. B. y Margolis, R. L. (1983). Marital separation and extramarital sexual behavior. *Journal of Sex Research*, 19(1), 23–48. <https://doi.org/10.1080/00224498309551167>
- Wilson, E. O. (2016). *El sentido de la existencia humana*. Gedisa.
- Zaffaroni, E. R. (1989). *En busca de las penas perdidas: deslegitimación y dogmática jurídico-penal*. Ediar.